

miró quererse, sonriendo. Durante un mes, delante de él hablaba todo el mundo de porvenir y de felicidad, y él oía hablar y sonreía. El día de la boda llegó, y él seguía sonriendo. Pero cuando llegó la noche, un poco cansado de haber sonreído tanto, y no pudiendo sonreír ya más, el hermano mayor huyó de la casa paterna llorando todas las lágrimas que tenía dentro.

ANDRÉS, sollozando.

¡Cállate, cállate!

AGUSTÍN.

El infeliz anduvo cuatro años por el mundo; intentó olvidar... acaso olvidó. ¿A costa de cuánto sufrimiento? El cuento no lo dice. Dice solamente que un día, sintiéndose el corazón más tranquilo, quiso aquel hombre intentar una prueba, ¡la última!, y ver si podría vivir cerca de sus hermanos. Y entonces... volvió, y entonces... y ent... ¡No! Decididamente es un cuento demasiado triste... No le puedo acabar. Pausa.

ANDRÉS, acercándose á él.

Agustín... ¡en nombre de nuestro cariño..!

AGUSTÍN, sin oírle.

Querías saber por qué me había marchado aquella noche célebre, hace cuatro años; ya lo sabes.

Bajando la voz. Me marché porque tú me dijiste que la querías; pero mentiste, ¡no la has querido nunca! ¡Ah! Tengo derecho á pedirte cuentas. ¿Crees que hubiera sido yo capaz de hacer lo que has hecho tú? Si hubiera yo logrado como tú aquel tesoro; si como tú hubiera tenido el dolor de perderla, ¿habría pensado nunca en reemplazarla? ¿Lo crees..? ¡Claro! ¡Es que yo... la quería, y tú no! Bruscamente. ¿La hiciste feliz, al menos? ¡Ay! Ahora te conozco: te he tomado medida al corazón. ¡Es así de pequeño!

ANDRÉS.

Agustín, por favor, cállate, cállate. ¡No puedo seguir oyéndote hablar así!

AGUSTÍN.

No me oirás más. Ya he terminado. He dicho todo lo que tenía que decir. Ahora, haz el favor de mandar que vuelvan á bajar mis baúles y que enganchen el coche.

CLARA, á ANDRÉS.

¡Es imposible! No se puede marchar así.

ANDRÉS, sollozando.

Ocúpate tú de disponer las cosas, Clara. Yo no tengo valor. Salen por la puerta de la izquierda.

ESCENA VI

AGUSTÍN, *solo*.

¡Llorad, llorad, llorad! ¡De poco sirven lágrimas! Esta casa ya no es mi casa, no puedo estar en ella ni un momento. ¡Imposible, imposible! Y, sin embargo, ¡qué bueno hubiera sido vivir aquí, siquiera cerca de donde ella está, y cortar flores para ella... Aquí está, sí; aquí está mi Susana, á pesar de todo, y no me puedo separar de ella.

ESCENA VII

AGUSTÍN y CLARA.

CLARA, sin atreverse á entrar.

Agustín... Agustín...

Cierra la puerta y se adelanta un poco.

AGUSTÍN, volviéndose bruscamente.

¡Dios mío! Esta mujer... otra vez!

CLARA.

Dice usted bien... esta mujer... soy yo. Mientras enganchan tiene usted que pasar aquí unos minutos... y venía á ver si no necesitaba usted nada.

AGUSTÍN, muy frío.

Nada, absolutamente. Muchas gracias, señora.

CLARA, desconcertada.

Entonces... me retiro. Hace que se va, y vuelve. Había pensado que podía usted comer algo antes de marcharse.

AGUSTÍN, con un poco de impaciencia.

No, muchas gracias; no quiero nada. Buenos días, señora.

CLARA, sonriendo con tristeza.

No; decididamente no me voy todavía.

AGUSTÍN.

Pero, señora, ¿qué quiere usted de mí? Ya le he dicho á usted que no la conocía... que no quiero conocerla; ¿por qué insiste usted? Le aseguro á usted que vale más no atormentar á las gentes. ¡Las mujeres no son generosas! Se dirige hacia la puerta.

CLARA, rápidamente.

El coche no está aún listo...; ya he dicho que avisen cuando esté. Pero, entre tanto, ha de oír usted lo que tengo que decirle. ¡Oh, le aseguro á usted

que no hay más remedio! ¡Antes me mata usted que dejarle marchar sin que me oiga!

AGUSTÍN, después de haberla mirado un momento.

¡Es verdad! Olvidaba yo que en todo esto anda un orgullo de mujer por medio... Sí, comprendo; usted me odia, y se alegraría infinito de verme á cien leguas de aquí; pero entre usted y yo hay un tesón en pie, y si me marchó, pierde usted la partida; si me quedo, ¡qué triunfo! Sentándose. ¡Hable usted, señora!

CLARA.

No es en mi orgullo de mujer en lo que usted me hiere si se marcha; es en mi cariño de esposa. Si, como usted dice, sólo fuera mi orgullo el que anduviese en juego, no hubiera venido á exponerle á nuevas ofensas, á nuevas heridas. No se trata de orgullo. Se adelanta resueltamente. Se trata de Andrés, de nuestro Andrés, que sufre. ¡Y usted es quien le hace sufrir! Y yo no quiero, lo oye usted, no quiero que nadie le atormente, y le prohibo á usted seguirle atormentando. En primer lugar, no tiene usted derecho á ello, y para hacer lo que usted hace preciso es que sea usted un malvado ó un loco. Se detiene, le mira, y da un grito. ¡Dios mío! ¡Qué

estoy diciendo ahora! ¡No es verdad, no me haga usted caso! Yo soy la que estoy loca, la que no sé lo que me digo. Yo, que debiera arrodillarme delante de usted y suplicarle, le injurio á usted y encuentro malas palabras que decirle... Y, sin embargo, si pudiera abrirle á usted mi alma, no vería usted en ella más que respeto y admiración. Sí, tiene usted razón... hubiera sido más digno para Andrés el haber sido fiel á su dolor. Sí, tiene usted derecho á pedirle cuentas de su conducta, á indignarse por su derrota... Pero, créame usted, no es á él á quien hay que castigar. Yo tengo la culpa, toda la culpa. ¡Si supiera usted lo que he hecho para lograr su cariño! ¡Si supiera usted todo lo que he hecho para que olvidase...! ¡Si le dijera á usted...! ¡Pero ya he dicho demasiado, y ahora no querrá usted oirme!

AGUSTÍN, con suavidad.

Yo no la interrumpo á usted, señora. Cállese usted y siga, se lo suplico.

CLARA.

¿Sí? Entonces se lo diré á usted todo. ¡Ojalá pueda convencerle á usted, que es nuestro juez, de que aquí no hay más culpable que yo!

AGUSTÍN.

Diga usted.

CLARA.

Cuando conocí á su hermano de usted, ya llevaba un año de luto; pero ¡bien sabe Dios, que me oye!, que, después de un año, aún corrían sus lágrimas y su dolor no había envejecido ni un día. Nunca hubo viudez más austera. Vivía solo, aquí dentro, lejos de toda alegría. Su casa estaba, como su vida, cerrada á todos. Algunas veces bajaba al pueblo é iba á sentarse en un hogar bien humilde y bien pacífico... En casa de un anciano... mi tutor y mi tío... y allí le encontré por primera vez, el día mismo en que salí del colegio. Aún le veo sentado en un rincón, silencioso, vestido de negro. Estaba tan triste, que inmediatamente sentí deseos de acercarme á él para consolarle. A nosotras, mujeres, la compasión tarda poco en llevarnos al amor... No había visto más que tres veces á su hermano de usted y ya le quería con toda mi alma... El ni se enteraba, se lo juro á usted, y su pensamiento estaba bien lejos de mí. Mi presencia en la casa no había interrumpido sus visitas; eso era todo. Por mucho que yo hacía no conseguía que se fijase en mí... creo que ni me había visto... lo cual no me impedía quererle ¡y sufrirl! ¡Ya lo

creo! Una tarde estaba en casa, callado como siempre en su rincón; me puse al piano, y, casi sin pensar, empecé á cantar un canto de nuestras montañas, que me gustaba mucho, porque era triste. En cuanto terminé, Andrés se acercó á mí y me pidió con voz demudada que le cantase otra vez...

AGUSTÍN.

¿Y entonces?

CLARA.

Y entonces, canté; y para él fué una emoción tremenda oírme cantar, porque dice... que aquella canción la cantaba Susana, y yo tenía su misma voz... Desde aquel día me hice confidente de su dolor; hablamos de Susana todos los días. ¡Cuántas veces le he visto llorar al nombrarla! ¡Cuántas ha jurado delante de mí que no volvería jamás á querer á otra! ¡Figúrese usted yo! Poco á poco se acostumbró á las tristes confianzas. Mi presencia le era más necesaria cada día. Verdad es que yo, ciega de cariño y siempre deseando entrar un poco más en su corazón, empleaba todos los medios... hasta los más miserables... Bajando la voz. Por él supe cómo acostumbraba á vestirse la muerta... cómo llevaba el pelo... y yo, sin que él

lo sospechase, me peinaba lo mismo que Susana y me vestía siempre de los mismos colores que ella...

AGUSTÍN, estremeciéndose.

¡Ah! es horrible. Se levanta y pasa á la derecha.

CLARA.

Y ahora, ¿qué le diré á usted ya que no haya usted adivinado?.. Después de un año de lucha, de paciencia, de angustia, sucedió lo que yo tanto anhelaba... Un día Andrés lloró sobre mi corazón; al siguiente, cayó en mis brazos, y desde entonces me creía feliz, hasta que esta mañana ha llegado usted, y toda mi felicidad se ha hundido. Lloro.

AGUSTÍN.

No se afija usted así, señora. Mi llegada ha podido turbar un instante la paz de esta casa; pero, después de todo, me marcho y nada le impedirá á usted seguir siendo dichosa.

CLARA.

¡Dichosa! ¡ay de mí! De sobra sabe usted que no puedo serlo si usted se marcha... pero no, ¡es imposible! No se marchará usted. ¡Por Dios, se lo suplico á usted!

ESCENA VIII

DICHOS y ANDRÉS.

ANDRÉS, que ha oído las últimas palabras de CLARA, se coloca entre ella y AGUSTÍN.

¡Basta, Clara!

CLARA.

¡Andrés!

ANDRÉS.

Basta de humillaciones y de lágrimas; hemos sabido vivir felices sin él, y seguiremos viviendo.

AGUSTÍN.

Ya lo oye usted, señora. Ya puede usted tranquilizarse.

CLARA.

No le haga usted caso. ¡Si se marcha usted, no me lo perdonará nunca!

ANDRÉS.

¡Perdonarte, Clara!.. ¿Acaso eres culpable? No; si alguien aquí ha menester perdón es quien desde esta mañana se abroga derechos de acusador y de juez. A AGUSTÍN. Porque, después de todo, ¿quién eres? ¿quién te envía? ¿en nombre de quién ha-

blas? ¿de qué suprema justicia te crees instrumento? ¿Te ha encomendado Dios la misión de vengar á los muertos, á quienes se olvida, y de castigar á los vivos, cuya pena calmó el paso del tiempo? No, no; Dios, que ve nuestra flaqueza, no exige tanto de nosotros: no pide ni dolores eternos ni lágrimas inconsolables. ¡No te reconozco por justiciero! ¡No eres nuestro juez ni eres el vengador de Susana! ¡No eres más que un hombre que sufre y que quiere hacer sufrir á los demás!

CLARA, suplicando.

¡Andrés, Andrés!

ANDRÉS.

Ya le he escuchado antes: ¡ahora es preciso que él me oiga á mí! Te marchas para castigarme de haber querido á Clara. Según tú, hubiera yo debido conservar eternamente el luto, no volver á querer, sufrir siempre. ¿Es que puede uno querer ó no querer cuando se le antoja? ¡Se quiere, y nada más! A ella le tienes rencor por haber enjugado mis lágrimas; á mí, por haberme dejado consolar. ¿A qué no estabas aquí para defenderme contra ella? Tú eres fuerte, tú eres valiente... yo ya sabes que no: soy cobarde... tengo el corazón así de pequeño... tú me lo has dicho. ¿Qué quieres?

También esta vez he sido débil, he sido cobarde; pero bendigo mi cobardía, porque á ella le debo mi felicidad. Clara: no llores, no tiembles. Te juro que te quiero, y que nada hay para mí más precioso en el mundo que esta mano tuya que estrecho ahora contra mi corazón.

AGUSTÍN, sordamente.

Pues estréchala bien, para que esta vez nadie venga á quitártela.

ANDRÉS.

Ven, Clara: dejemos á este corazón implacable. No te conoce, no sabe cómo eres, ni que tienes misión de consolar en la tierra.

AGUSTÍN.

De todos modos, perdóneme usted; puede que haya sido hasta injusto. ¡Cuando se sufre tanto!

ESCENA IX

DICHOS y JUAN.

JUAN.

Señorita: he bajado los baúles, y el coche está listo.

29610

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DAUDET"
MONTERREY, MEXICO

CLARA.

¡Vete!

JUAN.

Es que se hace tarde, y como los caminos están malos, más vale salir antes de que anochezca.

AGUSTÍN, dirigiéndose al fondo.

Está bien; ya voy.

CLARA.

¡Agustín!

ANDRÉS.

¡Hermano!

AGUSTÍN.

No, no; para vosotros y para mí vale más que me vaya... Sí, es preciso; no podemos vivir aquí los tres.

CLARA.

Pero si yo hago todo lo posible para que usted no me vea ni me oiga nunca; si consigo hacerle olvidar á usted que existo... Ocuparé tan poco sitio...

ANDRÉS.

Ya la oyes. Vete, si te atreves, ahora.

AGUSTÍN.

Acabaráis por volverme loco entre los dos. ¿No veis lo que sufro al tener que arrancarme de aquí? ¿No comprendéis que estoy amarrado á esta casa por todas las fibras de mi corazón, y que al marcharme dejo en cada rincón un pedazo... un harapo de mí mismo?

CLARA.

Pues no se vaya usted. ¡Esta es la casa de Susana, y ya no podemos vivir los tres en ella; usted sólo es quien debe vivir aquí!

AGUSTÍN.

¿Cómo?

ANDRÉS.

Tiene razón; tú no puedes ser feliz más que aquí.

AGUSTÍN.

¿De veras? ¿Seríais capaces de hacer eso? ¿De dejarme esta casa? ¿Y vosotros?

CLARA.

Nosotros tenemos el mundo entero para vivir queriéndonos.

AGUSTÍN.

Clara, Clara, me ha vencido usted; deme usted la mano. Alargando la otra mano á ANDRÉS. Bien dices que tiene misión de consolar. Sí, acepto vuestro sacrificio; pero, en cambio, todo cuanto me pertenece es vuestro; yo ya no necesito nada en el mundo. Perdonad á este pobre loco todo el daño que os ha hecho, y puesto que en todas partes, fuera de estas paredes, tenéis derecho á quereros, quereos sin remordimientos y sin escrúpulos. Ahora, gracias á vosotros, mi vida va á tener un fin. Esta muerta necesita alguien que la recuerde y que lleve luto de viudez por ella; su viudo será yo, que la he querido tanto y que al fin voy á poder decírselo. ¡Voy á vivir solo, aquí, en esta casa, donde todo habla de ella; sufriré, lloraré..., y no habré sido más feliz nunca... nunca!

ANDRÉS.

Pero, aunque no vivamos juntos, nos veremos á menudo, ¿verdad, Agustín?

AGUSTÍN.

Sí, muy á menudo. Bajo. ¡Pero no aquí! Acercándose á la ventana. ¡Ay, Susana, Susana! ¡Qué

cuento tan raro de contar, ¿verdad? el de un pobre hombre que era viudo á pesar de no haberse casado nunca!

TELON





